

---

## SIGUE LA CRISIS MUNDIAL

*Dominique Plihon y Francois Chenais*

**Profesores de la Universidad de Paris-Norte; miembros del consejo científico de ATTAC.**

*Traducción del francés de María Elvira Escobar del artículo: "Rompiendo los engranajes del crecimiento"*

---

*Aunque todos los días la prensa publica indicadores sobre el buen comportamiento de la economía norteamericana, el mundo observa que en América Latina continúa la crisis. Ecuador y Colombia son víctimas de un programa de ajuste definido por el FMI; Argentina y Brasil no logran restaurar el funcionamiento normal de sus economías. Más lejos, sobre la República Popular China gravita la incertidumbre de una devaluación del yuan que afectaría a toda Asia. Por su parte, los países de Europa Central se debaten entre la fragmentación política y la ruina. El espectro de la crisis está presente a pesar de los intentos de la prensa de hacer primar el optimismo.*

*Deslinda*

Desde que en la economía mundial se impuso la globalización financiera, han sobrevenido a ritmo acelerado crisis sucesivas: quiebra de la bolsa en 1987, crisis de las monedas europeas en 1992-93, crisis mexicana de 1994, crisis de los países emergentes asiáticos en 1997 y de Rusia en 1998.

La crisis actual es la más seria por su gravedad y por el número de países que golpea. En efecto, arrancó en el sudeste de Asia en 1997, en seguida desestabilizó al Japón, para luego generalizarse a otros países emergentes de Europa (Rusia) y de América Latina (Brasil). No hay duda de que afectará profundamente a la economía mundial, comenzando por los Estados Unidos y los países de la Unión Europea. Se trata, por lo tanto, de una crisis sistémica global, pues no se reduce a un accidente financiero, sino que involucra engranajes profundos del crecimiento mundial.

### El punto de arranque: la crisis financiera de los «dragones» asiáticos

Estos países que habían conocido ritmos de crecimiento excepcionales, eran presentados por los defensores del orden liberal como modelos de desarrollo que disfrutaban de los beneficios de la globalización de la economía mundial: su apertura hacia el exterior les permitía aprovechar las inversiones de capital provenientes de los países industrializados; su crecimiento se sustentaba en el rápido aumento de sus exportaciones hacia los países industrializados, donde competían favorablemente gracias a una mano de obra mal remunerada.

Este «virtuoso» modelo hizo implosión debido a tres razones principales:

- En primer lugar se agotaron las líneas de especialización de los países emergentes, lo cual se manifestó en una sobreproducción de los bienes de escaso valor agregado que producían (especialmente textiles y electrónica).

- Sus tasas de cambio, ancladas al dólar, se revaluaron a raíz del alza de la moneda estadounidense en 1996-97, lo cual les hizo perder competitividad y peso sobre sus exportaciones y, al perder credibilidad, sus monedas fueron víctimas de ataques especulativos.

- En tercer lugar se produjo el desfallecimiento de los sistemas bancarios y financieros de los países emergentes. Los bancos prestaron sin precaución al beneficiarse de ingresos masivos de capitales internacionales, lo cual engendró burbujas especulativas, especialmente en el sector inmobiliario y en la bolsa. Esta mala gestión de los riesgos se agravó por la carencia de autoridades de control, por regla general incompetentes y corrompidas.

### ¿Por qué esta crisis es de mayor gravedad que las precedentes?

La crisis actual es consecuencia directa del proceso de globalización y se generalizó en el transcurso de diez años, produciendo dos cambios principales en la economía mundial:

- Los mercados se han convertido en la forma dominante de regulación. Esto significa que las políticas públicas han perdido su importancia frente al sector privado (inversionistas extranjeros y empresas multinacionales);

- Los países participantes en el nuevo orden se abrieron ampliamente a la economía mundial, lo cual reforzó la interdependencia de las economías nacionales.

Las crisis anteriores a la globalización fueron dominadas gracias a que los sectores públicos jugaban un papel importante. La crisis de inicios de los 80 afectó la deuda estatal de los países en vías de industrialización; por esa razón estuvo circunscrita a un número limitado de deudores y pudo ser gerenciada por una concertación entre Estados.

Hoy en día la situación es completamente distinta: las crisis financieras implican básicamente a sectores privados (bancos, inversionistas, empresas). De esta manera, resultan interacciones complejas entre una multitud de actores que obedecen a una lógica microeconómica. Esta nueva complejidad explica por qué las crisis no son fácilmente dominables.

La segunda característica de la globalización es la fuerte interdependencia de las economías nacionales, lo cual acrecienta la gravedad de la crisis actual. Esto explica la propagación de la crisis, iniciada en 1997 en los países emergentes asiáticos golpeados sucesivamente por el efecto dominó y que transmitieron el mal al resto del mundo, comenzando por el Japón, luego por los Estados Unidos y más recientemente por Rusia y la Unión Europea.

Hubo otro factor que contribuyó a ampliar la crisis: el papel jugado por la especulación. Los inversionistas internacionales operan en los mercados para obtener ganancias extraordinarias y beneficiarse así de las burbujas financieras. Pero apenas pierden confianza se retiran súbitamente, contribuyendo a las crisis locales. Estos movimientos son especialmente brutales porque los especuladores tienen un comportamiento seguidista, lo cual los conduce a actuar en manada, todos al tiempo y en el mismo sentido.

La crisis actual, cuyos efectos no han terminado, demuestra la incapacidad de la economía de mercado mundializada para autorregularse. Es un golpe bajo al peligroso optimismo transmitido por la ideología neoliberal, según la cual, la famosa «mano invisible» asegura que los mercados conduzcan a un orden económico armonioso, del cual todos los participantes se benefician. Nuestro análisis muestra que es necesario proponer, desde ya, otro modo de regulación de la economía mundial. Hay que buscar reducir las dos dimensiones negativas de la globalización financiera:

- Limitar el exorbitante poder de los mercados, volviendo a otorgar importancia a la regulación pública. Particularmente se trata de volver a reglamentar y de hacer tributar las operaciones financieras para desalentar a la especulación pura;

- Reducir los efectos negativos de la interdependencia de las economías. No es posible ni deseable volver a poner en duda el desarrollo de los intercambios internacionales, y en cambio es deseable instaurar una cooperación internacional para controlar a los operadores internacionales y sancionar las prácticas contrarias al interés de los países, especialmente cuando van contra las naciones en vías de desarrollo. Es evidente que en las actuales instancias internacionales, las entidades multilaterales –particularmente el FMI– son incapaces de jugar correctamente ese papel.

De todas maneras, esas medidas serían insuficientes para enfrentar los fundamentos de la crisis actual, que revela un desarreglo profundo del capitalismo mundial, como lo explican las líneas siguientes.

### Crisis de sobreproducción, crisis del régimen de acumulación financiera

No estamos en presencia de una crisis circunscrita solamente a la esfera financiera, que podría haber sido tratada a ese nivel. Hay que llegar a la raíz de los sobresaltos financieros, pues lo que se anuncia es la reaparición de la crisis clásica de sobreproducción generalizada, de la cual Marx mostró mejor que nadie los fundamentos a nivel de las relaciones de producción, que son –a la vez– relaciones de distribución.

Lo que hay de inédito en este retorno de la crisis, su parte más irreductible, es que se realiza en condiciones explosivas. En primer lugar, la liberalización y la desregulación sustentan la mundialización del capital, lo cual implica el dismantelamiento en la mayoría de los países de los mecanismos gubernamentales que anteriormente podían servir para conducir políticas anticíclicas. En segundo lugar, un estado de ceguera y de incapacidad de las clases dominantes capitalistas, ebrias por la «victoria contra el comunismo» y adeptas a la utopía neoliberal sobre el carácter autorregulador y todopoderoso de los mecanismos del mercado.

La crisis es, por lo tanto, de sobreproducción en el marco del nuevo régimen mundializado de acumulación financiera. Traduce la imposibilidad de asegurar a una cantidad suficiente de capital las condiciones para concluir el ciclo de valorización, de producción y de comercialización, de creación y realización de valor y de plusvalía, y todo ello debido a la endémica insuficiencia de una demanda mundial solvente.

Marx trabajó mucho la paradoja de la sobreproducción, de la cual subrayaba el carácter relativo y decía que, lejos de expresar un excedente de riqueza, es la marca de un sistema cuyos cimientos imponen límites a la acumulación, debido a mecanismos endógenos de distribución. Keynes intentó encontrar una respuesta sin salirse del marco de la propiedad privada de los medios de producción y fracasó. Durante veinte años hemos asistido a la reaparición de las peores calamidades en los países del Tercer Mundo: desnutrición, hambrunas, enfermedades, con frecuencia pandemias y en los de la Unión Europea al aumento de los desempleados, de los precarizados, de los que no tienen vivienda ni derechos. Estas calamidades no son «naturales». Golpean a las poblaciones que han sido marginalizadas y excluidas del círculo de satisfacción de las necesidades elementales y de las bases mismas de la civilización, debido a su incapacidad de transformar sus necesidades básicas en demanda solvente, en demanda monetaria.

Esta exclusión es, por lo tanto, de naturaleza económica. En algunos casos es reciente y en todos los casos se ha agravado con relación a la situación de los años 70. Es resultado directo del régimen de acumulación nacido de la desregulación, de la liberalización y de la destrucción no solo de empleos, sino de sistemas sociales enteros, hechos permitidos por el sometimiento del progreso técnico a las indicaciones más mezquinas de la ganancia, por la libertad total de movimiento del capital y por la competencia de formas de producción social cuyas finalidades eran

diferentes: de un lado, maximizar la ganancia y del otro, garantizar las condiciones de reproducción social de comunidades de campesinos, de pescadores o de artesanos.

Era elegante festejar tanto «la victoria del consumidor sobre el productor» como «la revancha de los prestamistas». Se omitía que los productores, es decir los asalariados, también son consumidores y que a fuerza de despedir obreros en los países capitalistas avanzados y de expropiar campesinos en los del Tercer Mundo, el círculo de los consumidores se cierra.

El consumo de las capas rentistas, aquellas que viven total o parcialmente de ingresos financieros –intereses o dividendos– puede sostener la demanda y la actividad en los Estados Unidos o en algunos otros «países rentistas», países fuente de capitales de inversión masiva, estudiados por los teóricos del imperialismo, muchos de cuyos análisis vuelven a tener actualidad total. Pero, en el plano de la macroeconomía del sistema mundial, ningún consumo rentista logra reemplazar los mercados destruidos por el desempleo masivo o la pauperización absoluta impuesta a comunidades que anteriormente podían asegurar su reproducción y expresar una cierta demanda solvente.

La economía mundial enfrenta un retorno brutal al principio de realidad: antes de poderse apropiarse del valor y de la plusvalía, es necesario que éstos se hayan creado a una escala suficiente, lo cual supone que se haya completado el ciclo del capital y que la producción se haya comercializado. Los gerentes de los grandes fondos financieros de inversión, de los fondos de inversión colectiva o de los fondos anglosajones de pensiones privadas, lo mismo que los otros operadores de mercados financieros, han elaborado normas de rendimiento de sus inversiones y tomado todas las medidas para imponérselas tanto a las empresas como a los mercados financieros subordinados al sistema, que constituyen los enlaces en ese proceso mundial de centralización de la riqueza hacia los países rentistas.

A sus ojos esas normas, esa presión constante es la condición para garantizar la transferencia de ingresos hacia los mercados financieros al ritmo y a la escala necesaria para satisfacer la economía rentista internacional. En principio, parece funcionar. En realidad, solo funciona si la valorización del capital creador de valor y de plusvalía, base de la repartición y de la transferencia de riqueza hacia los poseedores de créditos a la producción, ha podido crearse a escala suficiente, sin sobresaltos, ni interrupciones en el flujo de riquezas.

Los mercados financieros, surgidos de la liberalización, de la desregulación y de la mundialización financiera, tienen también sus propios tiempos que no son los mismos de la creación de valor y menos con las desaceleraciones, o peor aún, con las interrupciones en el proceso de valorización que sufren y en los cuales sus operadores se encuentran totalmente desarmados pues no recuerdan las crisis del pasado, no saben, ni por conocimientos libresco, lo que sucedió en 1929 y 30. Sus respuestas no pueden, por lo tanto, ser distintas a comportamientos de «desamparo», incluso pánico, que contribuyen a acelerar las crisis en los momentos esenciales, al reforzar las dimensiones subjetivas de los mecanismos de propagación, con lo cual las impulsan con mayor velocidad y efectividad.